

Marisa lee por enésima vez a Stéphane Hessel antes de salir de casa para acudir a la manifestación que comenzaría dentro de una hora en la Puerta de Sol.

Hacía una tarde estupenda.

Se lo había pasado de maravilla con Miguel, el niño con el que había ido a cuidar un ratito a una pareja de ancianos para que su madre pudiera yacer junto a su amado.

¡Qué historia tan bonita!

¡Y cuánto se parecía a la de su propio origen!

Ahora comprendía cómo era posible que María fuera tan bella, y su rostro desprendiera luz aún trabajando horas y horas de camarera.

Ella sola había sacado a su hijo adelante sin pedir cuentas a nadie más que al amor que lo había engendrado.

El día más trágico recordado, doscientos muertos y casi dos mil heridos, y María siendo visitada por el ángel Gabriel quizás en ese mismo instante.

Parecía profético.

Miguel era un cielo.

Se había ofrecido ayudarlo a cocinar, y juntos habían preparado primero un succulento plato vegetariano, y luego una tarta de fresa para su santa madre.

Él estaba entusiasmado.

Hacer un bizcocho le había parecido algo mágico, y en realidad lo era, además de gratificante.

Su abuela elaboraba pasteles exquisitos con una alegría asombrosa cada vez que venía del pueblo a visitar a su madre.

Era una mujer muy especial, de esas con un corazón enorme nacidas para cuidar de manera espontánea a los demás.

Su madre, sin embargo, prefería dedicarse a las labores intelectuales, y además había tenido la gran suerte de poder hacerlo.

Había gozado de esa libertad dado que la abuela había respetado siempre todas las decisiones de su hija, como la de procrear sin casarse.

¿Y todo gracias a qué?

Pues a que nunca, ninguna de ellas, había dependido de ningún hombre.

A su abuelo, por lo visto, lo habían matado en la guerra, y su abuela, trabajando solita, había sacado adelante a su hija y le había pagado los estudios.

Eso no había quitado el que su madre hubiera tenido muchos amantes, lo mismo que ella, y quizás también que su abuela.

Lo que tenía clarísimo era que nunca podría soportar el encontrarse bajo el yugo del matrimonio, como una vaca.

El amor verdadero, con mayúsculas, esa experiencia trascendental y mística, sí deseaba vivirla, y sólo en ese caso excepcional tendría un hijo.

Pero traer al mundo niños fruto de relaciones vacuas, frívolas e interesadas, equivalía para ella a sembrar la semilla del mal, que por desgracia abundaba demasiado en nuestra especie.

Su madre, al parecer, también se encontraba plenamente enamorada del hombre con el que había engendrado a sus adoradas gemelas.

Ellas no le habían conocido, pero el simple hecho de imaginárselos enamorados antes de que nacieran, les servía para sentirse el fruto de una pareja feliz y albergar la esperanza de llegar a enamorarse.

Porque el sexo, ya no sin amor, que era algo habitual, sino con odio, sin ternura, representaba un acto de violencia extrema al que la humanidad estaba habituada.

Por eso piensa, mientras lee, que la no violencia de la que habla Hessel sólo podrá lograrse el día que todos seamos el fruto del amor.